

II. Honduras ¿una nación ausente?

También de la nada sale algo. Mas, para esto, tiene que estar dentro de algún modo. No es posible dar a nadie lo que ya no tiene de antemano. Al menos, como deseo, sin el cual no recibirá como un regalo lo que se le entregue. Es necesario que lo apetezca o haya apetecido, aunque solo sea de un modo vago. Para que algo valga como respuesta, hace falta que previamente exista la pregunta. He aquí por qué tantas cosas claras permanecen sin ser vistas, tal como si no existiesen.

Ernst Bloch, El pensamiento de Hegel

¡Extraño capricho del pueblo! Exige su historia de la mano del poeta y no del historiador.

Heinrich Heine en Jeff Browitt,
“Exorcizando los fantasmas del pasado nacional...”

II.1. ¿Sueño, construcción o sólo inquietud?

Desde la igualdad heredada por la Revolución Francesa hasta la reivindicación alemana de una pureza antepuesta a la diferencia del ‘otro’, la homogeneidad es el mito medular de la nación. Pero toda hegemonía, como principio de identidad con lo existente, implica un sueño, una “zona donde la dominación se identifica con la libertad” (Tischler, 2002).

En 1801, el intendente Anguiano –funcionario de más alto rango del régimen colonial en Honduras –, consideraba a su provincia ‘la más rica que tiene el Reyno, que sola, y bien manejada es suficiente para mantener una monarquía’ (en Barahona, 2002: 211). Anguiano señalaba la vocación agrícola de la región y formulaba un programa combinando, “una etapa de autosuficiencia económica basada en la agricultura, y una segunda etapa inmediatamente posterior en la que la minería, con el concurso de las compañías mexicanas, insuflaría nueva vitalidad al comercio exterior” (Barahona, 2002: 212). El gobernador fantaseaba además con liberar la mano de obra servil, dotar de tierras a la población ladina y crear asentamientos poblacionales concéntricos como medios para estimular el desarrollo de la iniciativa privada (Barahona, 2002).

Del Valle, en 1829, propone también la agricultura como modelo para crear riqueza, lo cual implica la liberación de las contribuciones para el labrador y la apertura de caminos. Es más, alrededor de 1850, las esperanzas de la nación siguen las mismas líneas trazadas por Anguiano y Del Valle, pues se cifran en la resurrección de la minería y en el ferrocarril interoceánico ‘capaz de unir el territorio entre las costas norte y sur’.

Rosa (en Valladares, 1948: XIII) señalará la importancia de la escuela primaria, porque ‘la República no puede vivir sin ciudadanos’. Propondrá descentralizar gradualmente la instrucción pública para que la ‘sociedad se realice por medios propios’ y el Estado se reduzca a dar garantía jurídica a la ciencia, y no a ponerla ‘bajo su dependencia’. La necesidad en Rosa de un pueblo instruido, para hacer una revolución con ‘el libro y no la espada’, es también parte de la visión que una vez tuviera Del Valle, y cuya finalidad última era también producir y alcanzar riqueza, industria y comercio, llamados por Rosa ‘poderosos organismos, con vida propia’. También Anguiano tuvo la visión de una Honduras productora y exportadora.

Existía la fe en el progreso que un día llegaría, la seguridad de que las ideas preconizadas “como buenas, como necesarias, serán ya inconvenientes y hasta retrógradas; porque Honduras se habrá moralizado, se habrá ilustrado, se habrá enriquecido” (‘Ideario’ de Rosa citado por Valle en Valladares, 1948: XIII). A casi dos siglos de los sueños diurnos de Anguiano encontramos paradójicamente que en “la obra de muchos de los literatos y pensadores hondureños, la sociedad hondureña es objeto de variadas metáforas e imágenes que la ubican en la experiencia del desgarró, de la tragedia, del caos, en suma, de su desintegración como nación” (Sierra, 2003b: 7).

Probablemente la ‘crisis’ de la nación no sea un asunto exclusivo de Honduras. La globalización cuestiona constantemente esta conformación moderna. Sin embargo, la nación sigue indudablemente imperando como imaginario (cf. Thiesse, 2001).

Lo sugestivo es que ciertos investigadores ponen en tela de juicio la existencia de Honduras como un Estado-nación. Para Arancibia (2001), la colonia hereda elementos de ‘nacionalidad’ (lengua, religión, territorio común, y cierto grado de homogeneidad con el mestizaje) pero no una nación; una organización pero no una trama social nacional con un sentido de permanencia. Barahona (2002), por su parte, refiere más bien a una ‘evolución defectuosa’ de lo nacional, la cual no es particular de Honduras, sino más bien la norma latinoamericana. Esto recuerda los planteamientos de los Estados-nación tardíos, como una especie de remedos europeos mal logrados (Bhikhu en Fernández, 2000).

Para Barahona (2002) la configuración mental de la nación existía casi exclusivamente entre intelectuales criollos, a partir del hecho que no eran españoles y que en ellos operaba la influencia de la revolución francesa. Para Anderson (1994) el origen de ‘las Américas’ es casi un accidente y denota la ‘fatalidad’ de haber nacido fuera de España. Para este autor, las elites americanas se conforman a través del viaje-peregrinación que ha ido creando el sentido de una comunidad:

“Si los funcionarios peninsulares podían viajar de Zaragoza a Cartagena, Madrid, Lima y de nuevo a Madrid, el criollo ‘mexicano’ o ‘chileno’ servía únicamente en los territorios de México o del Chile coloniales: su movimiento lateral estaba tan constreñido como su ascenso vertical [...] Pero en este peregrinaje obstruido encontraba compañeros de viaje que llegaba a sentir que su camaradería se basaba no sólo en esa peregrinación particular sino en la fatalidad compartida del nacimiento trasatlántico” (Anderson, 1994: 91).

En la gestación nacionalista contrapuesta a la nacionalidad española, se destaca por un lado la participación activa de los diputados americanos en el proceso de la Constitución de Cádiz de 1812, como grupo americanista de plataforma común, independientemente del origen o la jerarquía económica y social de los territorios; y, por otro, la radicalización de las posturas americanistas de las elites criollas con las guerras de emancipación en el continente. El nacionalismo criollo latinoamericano se construye sobre las ambiciones económicas de las clases que se oponen a la metrópoli y se fundamentan en las ideas liberales e ilustradas de Europa (Anderson, 1994). El nacionalismo se identifica con el americanismo, influenciado fuertemente por la ideología liberal de la revolución francesa y la experiencia norteamericana (Núñez y Núñez, on line: 13). De hecho, liberalismo y nacionalismo son consecuencias principales de la Ilustración, y hay que precisar que los nacionalistas no eran sino universalistas, en el sentido de unidad de la humanidad¹³ –aunque obviamente estos términos merecerían una revisión crítica.

En efecto, en Honduras, surge un grupo de sentimientos independentistas fervientes, que reunía a los ilustrados y a otro grupo de ‘españolistas’. Posteriormente estos derivarían en liberales y conservadores. Barahona (2002) apunta que la construcción de la nación centroamericana se inicia artificialmente desde las elites políticas, catalizadoras de un proceso que no había tenido lugar durante el régimen colonial. Pero observamos que esto se refiere más al ámbito del Estado –en su forma administrativa– que en sí al pueblo, aunque la diada implique a ambos¹⁴.

Barahona (2002) señala que la hegemonía de la construcción de la nacionalidad hondureña oscila entre la ruptura con el pasado colonial y su mantenimiento, en donde los vacíos coloniales pretenden ser llenados con elementos de la Europa Republicana obviando un proceso orgánico de desarrollo. Con este propósito, Barahona critica el

¹³ La misma Clementina Suárez en su libro *Canto a la patria encontrada y su héroe* no se retrasa en hacer una lista identitaria, sino que pasa directamente a la faceta universal de lo nacional. Probablemente, esto tenga que ver con el ‘extrañamiento’ que debió haber vivido a lo largo de su vida nómada. Esta experiencia, puede hacer surgir el sentimiento de pertenencia por antinomia.

¹⁴ “la unidad impuesta por la conquista y la administración podía producir a largo plazo un pueblo que se veía a sí mismo como ‘nación’, del mismo modo que otras veces la existencia de estados independientes ha creado un sentido de patriotismo ciudadano” (Hobsbawm, 1997: 148).

pensamiento de José Cecilio del Valle¹⁵, pues considera que no toma en cuenta ni la historia ni la situación real de Honduras: “El divorcio entre el arsenal de ideas importadas de otras realidades y el contexto social real en el que éstas iban a ser transplantadas se convirtió en la causa más importante de su fracaso” (Barahona, 2002: 59). Brading (2002: 34) refiere que en general a partir de la Independencia se crean “repúblicas dotadas de constituciones copiadas de las de Europa y los Estados Unidos, que simplemente enmascaraban las realidades del poder de los caudillos y consolidaban el feudalismo”. Así mismo, el historiador hondureño plantea que lo español se sustituye por lo extranjero, que las ideas liberales legitiman a los criollos, contribuyendo al fracaso de su proyecto frente a los conservadores y a la postergación del surgimiento de una conciencia nacional.

Para Chatterjee (en Fernández, 2000) el pensamiento nacionalista es una manifestación particular de la concepción racional burguesa del conocimiento que perpetúa una dominación colonial. Supone, sin embargo, un marco universal de pensamiento independiente de las culturas, al mismo tiempo que afirma la identidad autónoma de las culturas nacionales, planteándose así una dialéctica entre cultura y poder. El esencialismo divide la historia de la sociedad occidental en precientífica y científica, arrojando a toda otra cultura en el ‘tradicionalismo’, y estableciendo la superioridad del pueblo europeo y de su ‘filosofía de vida históricamente progresiva’. Cuando en un país colonial se relaciona el desarrollo del pensamiento y la estructura socioeconómica surge un problema de poder en donde diverge lo moderno y lo nacional. Siendo el poder colonial el orden social legítimo, no existe una urgencia revolucionaria para cambiar la sociedad y “sellarla con la marca de su propia hegemonía incuestionable. [...] Lo que era capaz de ejercer una mayor influencia sobre la nación se volvía nuevas formas de conservadurismo” (Chatterjee en Fernández, 2000: 161).

A partir del siglo XIX, la preocupación de las naciones europeas –referentes obligados de la época– se centraba menos en la búsqueda de un pasado glorioso que en la recuperación de ‘lo propio’ en las culturas populares, esto con el fin de ‘salvar’ o al menos evitar la desaparición de las características capaces de justificar la particularidad de cada pueblo (Thiesse, 2001). En cambio en Centroamérica, en especial en Honduras

¹⁵ José Cecilio del Valle es considerado uno de los ideólogos del nacionalismo hondureño aunque nunca escribiera sobre el país en sí siendo su meta la Federación.

en donde las condiciones políticas¹⁶ no eran favorables para la exploración del ‘genio’ de su nación, la ideología dominante no valoró las formas culturales de las poblaciones indígenas, mestizas o negras, sino que “se conformó con poner marginalmente de relieve un mítico pasado prehispánico, subordinado al legado de la colonia española y al afrancesamiento de la etiqueta protocolaria” (Taracena en Acuña 1994: 173).

Para Sierra (2003), en el siglo XIX, la prioridad de las elites hondureñas es construir un *ethos* económico y cívico más que identitario. Aunque ninguno de los dos proyectos pareciera alcanzarse a cabalidad, para el autor, el concepto de nación, en ese entonces, se define exclusivamente a partir de la historia y se piensa como proyecto a través del progreso. No obstante, los estudios indican que las circunstancias desfavorecen a Honduras, cuya economía se caracteriza históricamente por la ausencia de una fuente de riqueza articuladora.

II.2. La nación que hace falta

En el momento de la independencia¹⁷ –fecha simbólica que tradicionalmente señala su nacimiento–, además de describirse en términos de su topografía montañosa, caminos tortuosos, poca densidad y pobreza, Honduras destaca por una cierta ‘orfandad’. Con base en planteamientos de Carías Zapata, refiere Barahona que el Estado hondureño hereda una desintegración regional, una persistente presencia extranjera inglesa en el norte, una debilidad institucional, un desprestigio de la autoridad y la ausencia de un régimen económico integrador. Por si fuera poco, pareciera que la estructura administrativa del Estado legada por la colonia no “lograra fraguar una comunidad vinculada afectivamente por lazos socio-psicológicos, a través de los cuales la sociedad pudiera volcarse a un sentimiento de unidad nacional” (Barahona, 2002: 224).

Para Rosa, España al ser sojuzgada por el ‘genio conquistador’ de Napoleón I, proporciona la oportunidad providencial a la independencia latinoamericana,

¹⁶ Entre 1824 y 1838, el Estado Federado tuvo 15 cambios de gobierno; 29 entre 1838 y 1865; y 13 cambios de 1865 a finales de siglo.

¹⁷ Rosa (en Valladares, 1993:165) refiere este acontecimiento en los siguientes términos: “fiat que le diera ser, vida y aliento, fue la palabra de nuestros venerados mayores, escrita con caracteres indelebles, en EL ACTA DE INDEPENDENCIA, DE QUINCE DE SEPTIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS VEINTIUNO” (Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1877 en la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 24, 15 de octubre de 1877).

“aprovechada más bien por el instinto que por la reflexión de los pueblos” (Rosa¹⁸ en Valladares, 1993: 166). Obviando que para el estadista la conmemoración de la independencia de la Patria es el triste reconocimiento del fraccionamiento de su verdadero país –Centro América– (en ¹⁹ Valladares, 1993: 196), a finales del XIX sus cavilaciones sobre lo nacional están marcadas por el rumor de un lamento²⁰:

“Vinimos, como por ensalmo, a la vida de los hombres libres sin que nuestro pueblo sintiese los grandes estremecimientos y los supremos dolores que, en lo humano y en lo social, preceden y acompañan al alumbramiento de un nuevo ser: vinimos a la vida de la independencia sin recibir un bautismo de sangre y lágrimas. (...) he aquí un fenómeno que, en épocas no lejanas, trajo el indiferentismo, y que hoy produce, como fruto natural, el escepticismo político más destructor de la dignidad, del verdadero progreso y del derecho de nuestros pueblos: he aquí un fenómeno que habiéndose opuesto a la organización y buen nombre de la patria, hoy me hace sentir con inmenso dolor, que Centro América en toda América es el país en donde menos existe el sentimiento nacional, es el país (...) en donde la dominación extranjera puede enseñorearse a su placer aun trayéndonos el patriotismo de la servidumbre y de las humillaciones ” (Rosa, 1996: 10).

El desaliento de Rosa no concluye con una época romántica a la cual pudiera asociarse. Leyva (2003) considera que el fatalismo se encuentra aún activo en la cultura hondureña y que sus marcas abundan en la literatura, la cultura mediática y las tradiciones populares. Rosa, considera inclusive ‘nacional’ este rasgo desalentador, el cual atribuye a los orígenes occidentales de nuestra conformación cultural: “Nuestra sociedad conserva (...) el huraño retraimiento de los tiempo coloniales (...) permanece en ese estado de estupor que sucede a las grandes crisis; nuestra sociedad vive casi inactiva, y, tratándose de grandes intereses comunes, o es egoísta o cuando menos indiferente” (‘Ideario’ de Rosa citado por Valle en Valladares, 1948: XII).

En 1926, Paulino Valladares, destacado editorialista, sostiene, no sin un profundo y enigmático tono que “Honduras desaparecerá como nación” (en Leyva, 2003: 15). Ya en 1917, Valladares, había sentenciado “‘Honduras’ es un vocablo fatídico, palabra siniestra que encierra un sentido de lo tétrico, que revela un destino de fracaso...” (en

¹⁸ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1877” en la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 24, 15 de octubre de 1877.

¹⁹ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1880” en el salón principal de la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 89, 6 de octubre de 1880).

²⁰ Estas líneas –de edición póstuma – fueron escritas por Rosa poco tiempo antes de morir (1893) y – salvo el dolor y la negatividad exacerbados– tienen una similitud impresionante con el Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1877 en la Universidad de Tegucigalpa (publicado en La Gaceta de Honduras, núm. 24, 15 de octubre de 1877) “Centro América, señores, en ese día solemne alcanzó el triunfo de su derecho, sin que el vapor de la sangre empañara el límpido espejo de su gloria. Su independencia se operó sin trastornos, sin violencias, sin dolores y sin lágrimas: fue el resultado natural y espontáneo de la opinión del pueblo” (Rosa en Valladares, 1993: 167).

Leyva, 2003: 14). Bhabha (2002) escribiría, en un futuro digamos, al menos, lejano, que el nombre de la nación es su metáfora. Pero lo interesante aquí no es lo que la palabra encierra sino la acepción que se escoge frente a una gama tan amplia de significados. Lo hondo es lo profundo, lo alto, lo recóndito; aplicado a un sentimiento es lo intenso, lo extremado²¹. Sin embargo, lo que se recupera de la polisemia del vocablo es la ausencia, el vacío, en el sentido de que frente al entorno algo hace falta, y en su lugar la materia se deprime. Quizá esta sea una razón especial para destacar el sentimiento ‘a contrapelo’ que encierra el “El nombre de la patria” de Oscar Acosta (*Poesía menor*, 1956): *Mi patria es altísima./ No puedo escribir una letra sin oír/ El viento que viene de su nombre./ (...) No puedo imaginármela bajo el mar/ o escondiéndose bajo su propia sombra./ Por eso digo que más allá del hombre,/ del amor que nos dan en cucharadas,/ de la presencia viva del cadáver,/ está ardiendo el nombre de la patria* (en Umaña: on line).

El poema de Acosta, es parte de una ruta en sentido contrario al facilismo del estereotipo. Una marca sensible que va a contracorriente de la venia trágica hondureña. Ésta es comúnmente ilustrada mediante una frase, casi un verso, de Rafael Heliodoro Valle: *La historia de Honduras puede escribirse en una lágrima* (Valle en Valladares, 1948: III). En la actualidad es referida a su posterior respuesta, esgrimida casi con la petulancia de un disparo: *La historia de Honduras se puede escribir en un fusil, / sobre un balazo, o mejor, dentro de una gota de sangre* (Sosa en Leyva, 2003: 8). La célebre sentencia de Valle, puede interpretarse como una prueba más del desaliento de la sociedad hondureña y sus letrados. Pero a nuestro juicio, la metáfora, se distingue de la definición pues abre la idea, no la restringe. Hay que notar que ‘una lágrima’ no apunta a un cauce violento, como el circuito de un disparo, ni a la queja dolorosa de la vida mutilada y, mucho menos, a la denigración de lo propio²². Nos parece que esa lágrima única es capaz no sólo de encerrar la conmoción, el sentir de un pueblo, sino también de denunciar la pequeñez histórica en que se le ha sumido²³. La escritura de Honduras es frágil, como los bordes de esa gota impregnada de sal: superficial y escuálida en

²¹ Cf. El vox mayor. Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española. Barcelona: Zanichelli/Biblograf. 1989.

²² De hecho, el texto de Valle hermosamente continua, la frase no es sino el comienzo: “La Historia de Honduras puede escribirse en una lágrima. País de pinos en primavera eterna y de montañas difíciles, por él han corrido largos ríos de sangre en una noche larga de odio y de dolor; en él han nacido, flores llenas de luz, algunas de las almas insignes de América...” (Valle en Valladares, 1948: VII).

²³ Gustavo Castañeda (1888-1950) denuncia la falta de una verdadera historiografía hondureña, pues los pocos trabajos que se realizan son ‘meras relaciones’ de las que no se toma el ‘fruto’ (en Sierra, 2003b).

apariencia, presagio y esperanza en lo que calla. La historia que en Honduras recorre efímera sobre un rostro anónimo es la potencialidad misma de la imagen poética para significar la memoria negada²⁴.

En lugar de un imaginario de nación aparece un imaginario de la carencia²⁵. Recientemente, Membreño (2003) escribe que Honduras es ‘el cuento de nunca empezar’, un debatirse entre el país que no se acaba y el país que no inicia, una nación sin rumbo, perturbada por contingencias, sin una visión clara de sus momentos históricos, y en donde “ser hondureño” es una empresa por discernir. Más de una década atrás, esa construcción social parecía para Umaña (1991) casi una buena determinación para el nuevo siglo, augurando finalmente una respuesta al ¿qué es Honduras? Para Leyva (2003), el tema se retoma, en efecto, a finales del siglo XX, en torno a una nueva discusión sobre la cultura y la necesidad de ‘forjar’ una identidad nacional sobre la cual construir una nueva sociedad. Según el investigador, lo importante reside en la posibilidad de ver la nación más allá del encadenamiento de la historia y las costumbres, como un proyecto en construcción, que se cuestiona y se reinventa.

Es probable que esta posición sea compartida por otros académicos, ya que en vísperas del nuevo milenio un grupo interdisciplinario se reúne y ‘diagnostica’ que la situación nacional de Honduras revela un Estado desarticulado en lo cultural, social, económico y político, postulando “la necesidad, para el siglo XXI, de un Proyecto de Nación (...), la necesidad de un rediseño del país que responda a la conversión de la nación hondureña en una Sociedad Cívica: Con identidad nacional” (Herrera, 2003). Lo que se formula es trabajar en torno a una ‘visión de país’ (Posas y Argueta, 2003), en donde el fortalecimiento axiológico y de identidad nacional se presentan como fundamentales para los procesos de concertación y de compromiso ciudadano.

A juicio de Barahona (2002) la crisis política y económica contemporánea vuelve a poner sobre la mesa la interrogante de la identidad nacional. Pero quizá esta

²⁴ Membreño considera que: “en la historia de Honduras se encubre una gran guerra verbal. Pero igualmente, es depositaria de un inmenso silencio ¿República del silencio o República verbal? O quizá una mezcla de ambas cosas, transmutamos el silencio en escudo indolente, lejanía metafísica, en afirmación de lo propio. Y no disponemos de la palabra como comunicación sino como arma” (en Ramos y Membreño, 2002: 24).

²⁵ cf. el campo semántico de la carencia en la titulación de las investigaciones: i.e. Teoría de la oligarquía ausente de Darío Euraque, El silencio quedó atrás de Marvin Barahona, La historia de los sin historia,...

coincidencia de diagnósticos y recomendaciones sea más bien una suerte de *a priori* histórico²⁶ (Foucault, 2004), y no tanto estímulo de la curiosidad, estado de los conocimientos, mentalidad, intereses especulativos, credulidades u opciones teóricas. A nuestro juicio, estas posiciones se encuentran profundamente marcadas por los actuales discursos en torno al desarrollo y podrían ser enriquecidas por un trasfondo crítico.

Nos parece que el problema de la identidad ha oscilado de un planteamiento ontológico a uno categórico; de un desinterés académico hasta una instrumentalización política. Llegados a este punto, habrá que aclarar lo que se suele entender por identidad. Por un lado, es indispensable comenzar por la construcción oficial, que en el caso de Honduras, en diversos momentos de su historia, es pobre²⁷. A pesar de la forma en que se llevaron las ideas del espíritu colectivo a ultranza²⁸, hay algo que subsiste hasta nuestros días y que se identifica en los proyectos estatales con las matrices directivas (en la mayor parte de los casos impuestas por los organismos de financiamiento internacional) o sencillamente, en los grupos sociales con lo que Bhabha llama ‘lo familiar’ y que el sentido común designa como lo ‘típico’. Al institucionalizarse, comúnmente se convierte en lo ‘folklórico’, término que deja muy en claro su herencia esencialista alemana.

Por otro lado, esa identidad es una base fundamental del concepto de ciudadanía, tan en boga actualmente en el discurso social, ya que es indefectible poseer un mínimo sentimiento de pertenencia para actuar dentro un contexto político. La identidad nacional, es una forma moderna de conciencia, cuya tendencia es superar las condiciones particulares y regionales.

²⁶ Este *a priori* “es lo que, en una época dada, recorta un campo posible del saber dentro de la experiencia, define el modo de ser de los objetos que aparecen en él, otorga poder teórico a la mirada cotidiana y define condiciones en las que puede sustentarse un discurso, reconocido como verdadero, sobre las cosas” (Foucault, 2004:158).

²⁷ Membreño señala que a pesar de algunas recientes investigaciones, aún están pendientes los estudios sobre el pensamiento de grandes personajes hondureños, como componente imprescindible de identidad histórica y nacional. Entre ellos menciona a José Cecilio del valle, Ramón Rosa, Froilan Turcios, Paulino Valladares, Medardo Mejía, Alfonso Guillen Zelaya, José Trinidad Reyes, Juan Ramón Molina, Rafael Heliodoro Valle, Ramón Amaya Amador, Clementina Suárez, Dionisio de Herrera, José Trinidad Cabañas, Marco Aurelio Soto, Policarpo Bonilla, Manuel Bonilla, Alberto Membreño, Vicente Tosta, Miguel Paz Barahona, Juan Manuel Gálvez, Ramón Villeda Morales, y, no pudiendo faltar, Francisco Morazán (Ramos y Membreño, 2002: 23).

²⁸ cf. Tendencias eugenésicas y fascistas.

Detrás del purismo de conceptos como los derechos del ciudadano, se encuentra el objetivo de crear interés en el país y sentimiento de ‘lo nuestro’. En las apreciaciones de muchos académicos y académicas se mezclan ambas percepciones, resultando un clamor sobre la ‘falta de identidad’ que fusiona la pequeñísima elaboración institucional de la figura de ‘lo hondureño’ y el diagnóstico ‘onegeista’ de la escasa participación ciudadana.

Actualmente, el interés de generar un tipo de identidad dentro del cual sus miembros se reconozcan responde a la necesidad de superar el déficit de adhesión que padecen las sociedades post-industriales y encuentra una solución mediante el concepto del ciudadano (en Cortina, 1998), aunque la ciudadanía –de utilidad al Estado y al mercado– está conformada por un individuo abstracto, despojado de historicidad y de formas colectivas de identidad (Tischler, 2001a).

Por si estas contradicciones fueran poco, mientras la globalización cuestiona las fronteras y los poderes nacionales, Honduras se debate para conformar la estructura más elemental de la modernidad y la justifica con el lenguaje neoliberal que el mismo capital crea para perpetuarse. Creemos que estas confusiones teóricas –las cuales no son en absoluto exclusivas del contexto hondureño– opacan otras propuestas, como la recomposición de la ‘sociedad civil’ en densas redes de sujetos colectivos en lugar de una ciudadanía compuesta por individuos atomizados, propios del liberalismo económico (cf. Tischler, 2001a).

Para Renan, un gran clásico del tema, la nación es un plebiscito de todos los días, pero también una realidad a la que se adhiere como una herencia, simbólica y material²⁹. “Pertener a la nación, significa ser heredero de ese patrimonio común e indivisible, conocerlo y venerarlo” (Thiesse, 2001: 12).

²⁹ En efecto, la nación “nace de un postulado y de una invención. Pero no vive si no es por la adhesión colectiva a esta ficción. (...) Su éxito es el fruto de un proselitismo constante que enseña a los individuos lo que son, su deber de conformarse como tales y de una incitación para difundir por su parte este saber colectivo. El sentimiento nacional no es espontáneo si no se ha interiorizado perfectamente; para lo cual hay que haberlo enseñado previamente. La elaboración de una pedagogía resulta de la observación que se interesa en las experiencias que se llevan a cabo en otras naciones y que es transpuesta cuando parecen eficientes” (Thiesse, 2001: 14).

Cuando Umaña (1991) responde inicialmente al ¿qué es Honduras? con un listado (Copán, Clementina Suárez, Francisco Morazán, montañas y pinos, bibliotecas y museos, parques, música, cantos y poemas misquitos, trabajos en junco y en barro) lo que pone en evidencia es la ausencia de una elaboración. De hecho, precisa que “las enumeraciones de ese sueño (posible) podrían continuar. Pero lo importante es esto: su construcción no ha de esperar hasta mañana. (...) Nuestra misión es pues, sumarnos al proceso constructivo, única alternativa que nos podrá dar un sentido individual y colectivo de identidad” (Umaña, 1991: 38).

Si se alcanza ese fin ¿dejará Honduras de disolverse en las inquietas aguas centroamericanas? Es desconcertante reconocer que, en comparación a sus vecinos, son pocos los estudios independientes que se realizan en o sobre Honduras³⁰, fuera del diagnóstico y el servilismo a los organismos de financiamiento internacional. A nivel académico el país se conforma casi como un no lugar en el istmo; como un paso obligado, pero sin mayor interés; un punto casi equidistante del puente colgante en el que pareciera evidenciarse el medio de la nada.

No restaría más que sumarse a la masa pletórica de estudios sobre lo que no hay, sobre lo que hace falta. A menos de optar por un estudio negativo (cf. Adorno, 1990). “También de la nada sale algo” (Bloch, 1949: 9). Si la nación hondureña no ha elaborado un discurso ‘desde arriba’ sobre su pertenencia comunitaria con las consecuencias que eso implica, probablemente si exista un sentir ‘desde abajo’. En todo caso, las ideologías oficiales no dicen lo que hay en el cerebro de los ciudadanos, esto sin considerar que la identidad nacional –una entre tantas– cambia y se desplaza incluso en el transcurso de períodos breves.

Hobsbawm (1997) asegura que ésta ‘visión desde abajo’ es ‘dificilísima de descubrir’, y que son los aportes de los historiadores de las ideas, las opiniones y los sentimientos en el nivel subliterario los que pueden dar algunas luces. En función de estas sugerencias, el estudio de la poesía -o en el menos artístico de los casos, la versificación-, tal como se ha practicado en Honduras, pueda quizá iluminar como la luz fugaz del relámpago, realidades que permanecen oscuras. Aunque probablemente sea también parte de la

³⁰ La representatividad hondureña en los textos críticos o antológicos sobre la literatura latinoamericana ‘está ausente, es mínima o repetitiva’ (Umaña, 1999: 461).

misma dinámica que adormece el potencial social, distrayendo la atención en detrimento de otras posibilidades, cual anestésico o espectáculo (cf. Débord, 2002).

II.3. Ideario liberal y ciudad letrada

Contrariamente a la tendencia a creer en los orígenes seculares de algunas naciones³¹, en su sentido moderno, político, estas no irrumpen como revolución ideológica sino a partir del siglo XVIII con la revolución francesa (Hobsbawm, 1997; Thiesse, 2001). Las repercusiones en Honduras son notables en los escritos de Ramón Rosa (1848-1893). El ideólogo se encuentra profundamente inspirado por el pueblo francés alzado contra la máxima ‘El Estado soy yo’ y por su presentación al mundo de los Derechos del Hombre. Importante es notar que tanto le impresionaba la Francia ‘republicana’ como la Alemania ‘pensadora’ (Rosa³² en Valladares, 1993: 192) y era gran admirador de Washington, -‘Patriarca de la independencia americana’ (Rosa³³ en Valladares, 1993: 166)–, Lincoln, Mazzini, Garibaldi, Cavour, Bismark, Moltke, Thiersm y Gambetta (Rosa³⁴ en Valladares, 1993: 197).

A pesar de que la nación es un concepto ambiguo y problemático, pareciera fundamentarse en una especie de sentido común que trasciende a sus célebres y ‘universales’ pensadores –por lo general, europeos. De hecho, la idea se encuentra visiblemente en el distinguido personaje federacionista José Cecilio del Valle (1777-1834), para quien la nación consta de un territorio, posee un cierto número de habitantes y goza del reconocimiento internacional (en Barahona, 2002). Esta acotación deriva del concepto ‘liberal’ cuyos referentes son un tamaño considerable –para formar una unidad de desarrollo viable, entendiendo nación como progreso–, una población suficientemente numerosa y un territorio extenso dotado de múltiples recursos, con el fin de poseer una literatura e instituciones válidas.

³¹ cf. entre múltiples posibles referencias el ‘Ideario’ de Rosa citado por Valle en Valladares, 1948: XII

³² “Discurso pronunciado el 27 de agosto de 1880” en la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 84, 5 de septiembre de 1880).

³³ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1877” en la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 24, 15 de octubre de 1877

³⁴ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1880” en el salón principal de la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 89, 6 de octubre de 1880).

Como puede verse, la autodeterminación de las naciones sólo se aplicaba a aquellas ‘viabiles cultural y económicamente’. Esta es una de las razones primordiales por las cuales Rosa, sin ufanarse de nacionalismo hacia hincapié en la unión centroamericana casi como una resolución lógica:

“Los hombres superficiales, los hombres en cuyo corazón no afluye con fuerza la sangre, y en cuya mente no se agita la divina inspiración de verdadero patriotismo, convendrán, de buen grado, en que Centro América, fraccionada, es un absurdo social, un absurdo político, un absurdo económico, y hasta un absurdo geográfico” (Rosa³⁵ en Valladares, 1993: 197).

El estadista expone las razones económicas por las cuales los países centroamericanos deberían unirse para formar nuevamente una sola nación. Entre ellas menciona una mayor renta nacional y la finalización de las guerras, ‘celos’, ‘rivalidades’ y ‘favores’. “Unidos seríamos, sino poderosos, respetables” (Rosa³⁶ en Valladares, 1993: 197).

Resalta también la importancia de tener una mayor población:

“constituiríamos una nación de tres millones de habitantes, con organización, con recursos, con crédito para tener una escuadra suficiente que resguardase nuestros puertos, y, llegando el caso, una fuerza terrestre capaz de defender con ventaja nuestras poblaciones. En suma: desunidos carecemos de todo, hasta de honra: unidos lo tendremos todo, y salvaremos lo que el patriotismo más ama y venera, nuestro honor nacional” (Rosa³⁷ en Valladares, 1993: 197).

Rosa además de ser uno de los principales ideólogos de la nación hondureña, se destaca particularmente por sus dotes de escritor y orador. En el transcurso de su no muy larga vida, Rosa escribe las biografías de José Trinidad Reyes, José Cecilio del Valle, Francisco Ferrera y Francisco Morazán, un sin número de discursos y algunos textos versificados. De hecho, es distinguido por la Real Academia Española (Rosa³⁸ en Valladares, 1993: 194). El estadista tuvo además altas funciones como Ministro General de la República de Honduras y anteriormente se desempeñó también en el gobierno guatemalteco. En el gobierno de Soto participa en los trabajos administrativos para instalar la Academia Científico-Literaria y en la realización de grandes obras públicas como la creación del Archivo Nacional con documentos que datan de la colonia. Funda así mismo la Biblioteca Nacional (Rosa³⁹ en Valladares, 1993: 194) y el Hospital

³⁵ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1880” en el salón principal de la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 89, 6 de octubre de 1880).

³⁶ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1880” en el salón principal de la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 89, 6 de octubre de 1880).

³⁷ “Discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1880” en el salón principal de la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 89, 6 de octubre de 1880).

³⁸ La Gaceta, 24 de junio 1882.

³⁹ “Discurso pronunciado el 27 de agosto de 1880” en la Universidad de Tegucigalpa, La Gaceta de Honduras, núm. 84, 5 de septiembre de 1880).

General (Rosa⁴⁰ en Valladares, 1993: 194) e inicia la construcción de la Penitenciaría y la Granja modelo (Rosa⁴¹ en Valladares, 1993: 194).

Desde su cuna, Rosa se encontraba familiarizado con los círculos intelectuales y del poder. El estadista era sobrino del Padre José Trinidad Reyes, un caso paradigmático en el tema nacional y literario. Irónicamente, desde el momento en que Reyes comienza a atacar a Morazán y la Federación en sus poemas⁴², el sentimiento nacional en su forma separatista ya estaba latente. Rama (1984) recalca la función capital de los intelectuales, ya sea en el púlpito, la cátedra, la administración, el teatro, el ensayo y en especial la poética como patrimonio común de todos los letrados (de hecho, Reyes se desenvuelve en todos y cada uno de estos ámbitos). El rasgo definitorio será el ejercicio de la letra, dentro del cual cabrá tanto una escritura de compra-venta como una oda religiosa o patriótica. Dentro de los frágiles Estados nacientes, Reyes y Rosa son parte de una *ciudad escrituraria* (cf. Rama, 1984).

Siendo solo un bachiller en filosofía, Rosa parte hacia Guatemala, en donde estudia con los mejores maestros –entre los cuales José Milla, quien daba lecciones de Literatura, Derecho Internacional y Oratoria Forense, y el ex-presidente de Colombia, Mariano Ospina quien impartía la novedosísima Economía Política (Valle en Valladares, 1948). Dentro del grupo de estudiantes figuraba el futuro presidente de ‘la nueva Honduras’, Marco Aurelio Soto, y el que sería el Arzobispo Ricardo Casanova y Estrada (Valle en Valladares, 1948).

Ya desde la presidencia, los ‘estadistas’ Soto⁴³ y Rosa instaurarían –o al menos lo intentarían– una *ciudad letrada* (cf. Rama, 1984) con el fin de ejercer las funciones culturales de las estructuras de poder; en especial al trasladar la capital de Comayagua a Tegucigalpa, a través de lo que Valle llamara ‘la corte dorada de su dictadura’:

⁴⁰ La Gaceta, 8 de septiembre La Gaceta, 24 de junio 1882.

⁴¹ La Gaceta, 14 de julio 1882.

⁴² En 1842 Reyes escribe para la muerte de Morazán (Umaña, 1995: 110): *Aquí yace sepultado/ El perverso Morazán / Que entre los hijos de Adán / Se distinguió por malvado.// Más que Caco fue ladrón/ Más cruel que Pedro de España / Implacable fue su saña/ Contra nuestra religión.// Extinguió los regulares/ Sus caudales aplicó/ Sacerdotes fusiló/ Destruyó templos y altares.// Diez años al Centro dio/ De inmoralidad lecciones/ En su gobierno; y bribones/ En destinos colocó:// Apártate caminante/ De la atmósfera infestada/ Do reposa aquel tunante,/ De la postrera morada.*

⁴³ Soto se proclama presidente el 27 de agosto de 1876.

“el poeta cubano José Joaquín Palma, era el Secretario Privado del Presidente Soto; el orador y jurista Adolfo Zúñiga, dirigía el periódico oficial; y jóvenes como Manuel Molina Vigil, Alberto Uclés, Ramón Reyes, Rómulo E. Durón y Esteban Guardiola comenzaron a sobresalir como paladines de la hondureñidad, cuyo ideario esbozó Rosa con su ejemplo de constructor y sus palabras vehementes” (Valle en Valladares, 1948: VII).

Nótese que los citados Vigil, Uclés, Reyes, Durón y Guardiola fueron poetas. Rama (1984) considera un lugar común la referencia a los literatos retirándose de toda actividad política, encerrándose en torres de marfil y consagrándose exclusivamente a su vocación artística. En Latinoamérica, existieron hombres de letras que aspiraron e inclusive alcanzaron la presidencia (cf. Rómulo Gallegos). Aunque quienes no participaban en política no dejaban por eso de escribir sobre ésta, ya que sostenían “que son ellos quienes mejor entienden de asuntos políticos y de los negocios públicos de las sociedades” (Rama, 1984: 109). Es pertinente recalcar que Soto es recordado no solo como reformador sino también por ser una de las figuras fundacionales de la cuentística hondureña⁴⁴.

Así mismo, podemos mencionar una serie de poetas que paralelamente a los versos se han consagrado al gobierno. Augusto C. Coello, autor de la letra del Himno Nacional fue diputado a la Asamblea Nacional Constituyente, Secretario de la presidencia, Ministro de relaciones exteriores y consejero en Washington. Guillermo Bustillo Reyna fue Cónsul en Nueva York. Rafael Paz Paredes fue asesor jurídico de la ONU. Carlos Manuel Arita fue Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Raúl Gilberto Tróchez fue director de la Biblioteca Nacional de Honduras. Oscar Acosta se desempeñó como diplomático ante la Santa Sede, Perú y Roma, y fue presidente del Instituto Italo-Latinoamericano.

Entre los escritores ‘políticos’ sobresale notablemente Froylán Turcios (1872- 1943). Considerado uno de los pilares del pensamiento hondureño y participante decisivo de los asuntos políticos, es especialmente recordado por haberse distinguido en el ámbito de las letras y por el contenido exaltador de sus artículos⁴⁵. Sobresale entre sus

⁴⁴ Marco Aurelio Soto (1846-1908) presidente de Honduras durante la ‘Revolución en probeta’ (Taracena en Acuña, 1994) es autor de uno de los primeros cuentos de la literatura nacional: “Cabañitas” (Umaña, 1999). También es accionista de la New York & Rosario Mining Co. (Euraque, 1996).

⁴⁵ Publicó *Hojas de otoño* (1904), prosa; *El Vampiro* (1910), novela; *El Fantasma Blanco* (1911); *Tierra Maternal* (1911), cuentos y versos; *Prosas nuevas* (1914); *Floresta sonora* (1915); *Cuentos del Amor y de la Muerte* (1930) y *Páginas del ayer* (1932), prosas. En poesía, *Mariposas* (1895); *Renglones* (1899); *Tierra maternal* (1911); *Flores de almendro* (1931). Escribió muchos artículos y destaca su dirección en

producciones “El Boletín de Defensa Nacional” en el que denunció, junto a otros intelectuales, particularmente Visitación Padilla, el imperialismo norteamericano a raíz de la invasión de los *marines* en 1924, incidiendo este acto en la resolución del conflicto:

“aquello que había iniciado un solo ciudadano se volvió un movimiento poderoso que contaba con millones de firmas, iba en camino a fundar el Partido Autonomista de Honduras (...) El almirante del buque de guerra yanqui surto en el Golfo de Fonseca vio el proceso revolucionario que se estaba desarrollando en la capital de Honduras y reembarcó sus marinos” (Mejía en Turcios, 1986: 10).

Así mismo, al estallar la guerra civil en Nicaragua en 1926 e instalarse Augusto Calderón Sandino en las selvas de las Segovias para expulsar “las huestes invasoras de las barras y las estrellas” (Mejía en Turcios, 1986: 10), Turcios se une a la causa como ‘compatriota centroamericano’, según Mejía (en Turcios, 1986) porque Sandino necesitaba ‘contactos, relaciones, propaganda’. Pero a juicio del historiador, serían aquellos que luego traicionarían a Sandino quienes con calumnias propiciarían el rompimiento de la amistad entre ellos.

Entre los ideólogos hondureños, suele destacarse también a Rómulo E. Durón (1865-1942) quien nos lega, sin hacer mención de sus incursiones literarias⁴⁶, su Colección de Escritos del Doctor Policarpo Bonilla (1899), las Pastorelas del Padre Reyes (1905), las Obras de José Cecilio del Valle (1906) (recopilación de sus escritos políticos), su Historia de Honduras y su Bosquejo Histórico de Honduras (1956, ediciones póstumas). Sierra (2003b) considera pertinente incluir también a pensadores hondureños tales como Marcos Carías Reyes, Gustavo Castañeda, Rafael Heliodoro Valle⁴⁷, Finlander Díaz Chávez y Oscar Acosta. Sin duda, merece un especial lugar de mención la mayanización impulsada desde la plataforma estatal-eclesiástica en tiempos de Carías (cf. Euraque, 2002).

el “Boletín de la Defensa Nacional”, además de sus “Memorias” fechadas en 1939 (la edición póstuma está a cargo de Medardo Mejía, como ‘segunda parte’ de “Froylán Turcios en los campos de la estética y el civismo”).

⁴⁶ Poesía: Ensayos poéticos (1887), Crepusculares (1893) y Floriana (1917). Además: Hojas Literarias (1906); antología Honduras Literaria (1896, 1899, 1957); Floriana (1917), romance histórico; De Byron, de Moore y de Poe (1917), traducciones en verso.

⁴⁷ Valle se da inclusive a la tarea de escribir la Historia de la Cultura Hondureña, la cual a pesar de haber sido escrita en la década del 40 es solamente editada por la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en 1981.

Es pertinente recalcar que la ‘unidad cultural’ se crea fundamentalmente desde un círculo de poder. Anderson (1994) considera que para entender cómo las jóvenes naciones llegan a ser concebidas como patrias hay que ver la forma en que los organismos administrativos crean un significado. Por lo tanto, la clase hegemónica y los intelectuales orgánicos tienen un rol fundamental en la difusión de la conciencia nacional. A menudo éstos fueron –y son, pues en nuestros países aún es una realidad– también escritores. El sociólogo Wright Mills (en Rama, 1984) lo considera definidor del comportamiento intelectual latinoamericano. Muchos escritores se sienten compelidos a ejercer una función ideologizante, en tanto conducción espiritual de la sociedad según lo habían fijado Renan, Guyau, Bourget, etc. “Al declinar las creencias religiosas bajo los embates científicos, los ideólogos rescatan, laicizándolo, su mensaje, componen una doctrina adaptada a la circunstancia y asumen, en reemplazo de los sacerdotes, la conducción espiritual” (Rama, 1984: 111).

No obstante, no es muy usual en Honduras el estudio del ideario nacionalista desde sus literatos, aunque sobresale el trabajo de Ramos y Membreño (2002) sobre Suárez y Guillén y el de Amaya (2005) sobre las imágenes de los negros en la literatura nacional. Lo clásico es trabajar la nación desde José Cecilio del Valle o Ramón Rosa (cf. nación cívica y nación como progreso en Sierra, 2003a). Así mismo, Del Valle y Rosa han sido estudiados también desde las teorías de la historia (ilustrada y positivista) para poder ser juxtapuestos frente a la posición marxista de Finlander Díaz Chavez (Sierra, 2003c).

La referencia a ilustres personajes de prolíferos escritos, no es gratuita. Desde un inicio –si es que lo hubiese– el *script* (escribano, escribiente o escritor) –se relacionaba con la forma de posesión del suelo y tenía por función *dar fe* –ejercicio que devela una voz más antigua de connotación mágica (Rama, 1984). Este acto sólo procedía de la palabra escrita. Ésta “viviría en América Latina como la única valedera, en oposición a la palabra hablada que pertenecía al reino de lo inseguro y lo precario” (Rama, 1984: 9). El poder colonial -o para el caso de Latinoamérica de sus herederos criollos- se establece como garantía contra la ilegalidad, la superstición y el despotismo, como el orden social legítimo (Chatterjee en Fernández, 2000: 161). En un medio desguarnecido de letras –en su concepción occidental– como el Latinoamericano, la escritura es casi sacralizada y el grupo letrado es imbuido de la conciencia de ejercer un alto ministerio casi sacerdotal (Rama, 1984).

Said (1990: 123) con un trasfondo crítico refiere a esta ‘actitud textual’, como la certeza de que las experiencias pueden ser encerradas en un libro, el cual adquiere “una autoridad y un uso mayor incluso que la realidad que describe”. Un excelente ejemplo es el estudio que realiza el poeta Oscar Castañeda Batres (en Sosa, 1999) sobre el origen de la denominación de nuestro país de estudio. La tesis más difundida –no por el saber popular sino por los académicos⁴⁸– refiere a ciertos colonizadores agradeciendo a las alturas por haber salido de estas ‘honduras’. Para Castañeda, no sólo historiadores como Vallejo, Durón, Milla y Salgado se fundan ‘unos directamente y otros por trasmano’ en Herrera, el cronista de Felipe II, sino que lo copian mal. Acerca de la aseveración, Castañeda se pregunta –y se responde– “cómo siendo tan absurda y carente de bases haya perdurado por más de cien años de querer hacer historia en Honduras. (...) el raro método de hacer historia copiando sucesivamente a quines antes la hicieron mal, explica que subsista esta versión” (Castañeda en Sosa, 1999: 36). Lo que se lamenta es que el saber se transmita “en silencio y sin comentarios de un texto a otro” Said (1990: 149), sin requerir ser confrontado con la realidad a la que refiere.

II.4. Lista identitaria y poesía

La nación es una comunidad civil con mitos fundacionales e historia sagrada, reconocida interior y exteriormente y afirmada por el poder político-administrativo. Familia, educación, intelectuales, medios, historia, hitos, ritos, símbolos refuerzan los caracteres comunes considerados significativos, pues la nación requiere de un nacionalismo exitoso.

En Latinoamérica, los liberales de comienzos del siglo XIX trabajan en ‘la creación de una persona nacional dueña de sí misma’ (Brading, 2002: 17), sumándose al proceso de formación identitario, determinando su patrimonio y promoviendo su culto⁴⁹. Esto consiste en la determinación del patrimonio de cada nación, lo cual implica no sólo

⁴⁸ También por el gobierno a través de los fascículos de enseñanza primaria obligatoria (cf. Secretaria de Educación Pública, 1992: 36).

⁴⁹ La educación pública es quien tiene el rol clásico de ‘crear’ el alma nacional. “El sentimiento nacional no es espontáneo si no se ha interiorizado perfectamente; para lo cual hay que haberlo enseñado previamente” (Thiesse, 2001:14).

inventariar sino también inventar (Thiesse, 2001). La nación se convierte en un taller de experimentación, de invención y perfeccionamiento.

En nuestro país de estudio, es más bien la segunda ‘ola liberal’ la que construye la ‘religión de la patria’. Los reformadores liberales de 1876 crean el panteón republicano de los héroes nacionales, encabezado por el culto al ‘prócer’ Francisco Morazán. La lista continúa básicamente con personalidades de la Unión Centroamericana, como Dionisio de Herrera, José Trinidad Cabañas y José Cecilio del Valle⁵⁰. Alrededor del 30% de los 40 poetas estudiados trabajan con alguno o varios de los símbolos de la lista identitaria tal como la elaboran los teóricos de la nación hondureña a finales del siglo XIX.

Así como entre los ideólogos liberales tempranamente sobresaldrán los escritos sobre Reyes, Del Valle y Morazán, los homenajes líricos tampoco se harán esperar. Para finales del siglo XIX José Antonio Domínguez escribe "Al benemérito General Presidente Don Trinidad Cabañas". Posteriormente, Felipe Elvir Rojas hará un homenaje a José Cecilio del Valle en *Bronces de América* (1955), y Carlos Manuel Arita en *Cantos a la patria y otros poemas* (1956) se referirá a los prohombres de la historia, entre los cuales incluirá "A José Trinidad Reyes" y "A José Cecilio del Valle"; y en *Cantos del trópico* (1956) se enfocará en los héroes nacionales. Oscar Acosta, así mismo, publicará *Responso poético al cuerpo presente de José Trinidad Reyes* (1955), en homenaje al primer centenario de la muerte del sacerdote⁵¹.

El caso de Francisco Morazán merecerá un estudio aparte pues los poemas en su honor inician a ser escritos mientras él se encuentra aún en vida (1842). Para Umaña (1995:

⁵⁰ Según Barahona (2002) el proyecto liberal en América Latina es un nuevo orden social que se asienta sobre el caudillismo político y el culto social a los héroes, por lo que la identificación es más bien frente a un personaje y no a la colectividad.

⁵¹ Consta de ciento cincuenta y tres versos divididos en cuatro partes. En la primera, encontramos veintidós tercetos de versos endecasílabos en los que, en pulcro estilo, se exalta la figura del sacerdote: *Tu profesión fue convertir la espina/ en transparente rosa en apogeo/ que en el helado espejo se adivina*. En la segunda parte, el poeta cambia de estilo. Utiliza el verso libre de gran extensión y se acerca a la lengua coloquial: *Hace más de cien años, en Honduras/ un sacerdote descubrió que los lobos/ o coyotes americanos invadían los huertos/ del saber (...). Este hombre joven entonces tuvo el propósito/ de trabajar por la cultura y su mérito/ más importante estriba en el amor/ que siempre tuvo por el humanismo/ y el deseo de que dejáramos el rifle/ el machete voraz, el revólver político,/ y que nos dedicásemos al alfabeto,/ a la poesía cultivada como una rosa/ y a la tierra que esperaba en el suelo*. La tercera parte, en tiempo presente, enfrenta al padre Reyes y a la ignorancia simbolizada en un perro. En la última sección –un “Envío”– exhorta a los niños de Honduras a celebrar al sacerdote (Umaña: on line).

105) en Honduras la poesía es el “género más fecundo en el tratamiento del tema morazánico que, desde el siglo XIX hasta nuestros días, ha sacudido a todos los poetas hondureños”. Los poemas al héroe se cuentan en centenas, además de aquellos textos que lo implican como el de Jesús Castro Blanco "La espada de Morazán" (1931); y "A las armas" de Ramón Ortega (1940). Puede también mencionarse los poemas, que sin estar dedicados al prócer, lo aluden como “Juan Ramón Molina” de Augusto C. Coello (1941); "Medallones" de Manuel Luna Mejía (1941) e "Himno" de Rómulo E. Durón. Rinden también homenaje al héroe José Antonio Domínguez, Adán Canales y Raúl Gilberto Tróchez. Claudio Barrera, por su parte, publicará en 1944 ‘el primer libro de vena lírica dedicado íntegramente al héroe centroamericano’ (Umaña: on line): *Cantos democráticos al General Morazán*. Posteriormente Carlos Manuel Arita brindará "Oda a Morazán" y "A Francisco Morazán" en *Cantos a la patria y otros poemas* (1956). Esta no es más que una pequeñísima y desestructurada muestra de las producciones inspiradas en las hazañas –reales o imaginarias– del caudillo.

Así mismo, Clementina Suárez, a través de la figura de Morazán, introduce los símbolos nacionales en una aceptación que participa en su instauración como tales. No basta con poseer un alma peculiar distinta a la de las demás, es imprescindible aprender a amarla. El amor a la patria en Clementina debe expresarse pero es indescriptible, es desconocido pero al mismo tiempo preciso, está en sus mismos orígenes pero también como el resultado del tiempo y la moda.

Es curioso que mientras el ideario oficial se centra en las altas figuras de la Federación, en la poesía hace aparición desde muy temprano una figura, que si no del todo subversiva –pues lleva la marca de quienes la han seleccionado⁵²– no puede resultar menos que disruptiva en ese panteón criollo.

En el tercer cuarto del siglo XIX ingresa la figura de Lempira a la literatura hondureña con Teodoro Aguiluz (Umaña: on line). En su poema laudatorio "Al Señor Presidente

⁵² En el ámbito fenomenológico, “son significativas las vivencias que se captan reflexivamente” (Schutz, 1993: 99). Lo que nos parece de sumo interés es que las experiencias a las que se atribuye significado han sido *seleccionadas*. Esto nos lanza una clara pista sobre el sentido que se otorga, las cosas a las cuales se otorga sentido y el papel que desempeñan en ellas las relaciones sociales. Asimismo, Williams (1980) estipula que las tradiciones, no sólo son la supervivencia del pasado sino una fuerza activamente configurativa, que denota las presiones y límites dominantes, que no es única sino selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado.

Don Victoriano Castellanos" (en el poder durante 1862), rinde homenaje al héroe llamándolo *íncrito aborígene*. "En el álbum nacional el día Quince de Septiembre del Año de 1877", expresa este autor el orgullo de ser indoamericano y, en nombre de Lempira, exhorta al trabajo por la patria (Umaña: on line). En "Lempira" -poema de cincuenta y nueve cuartetos alejandrinos-, Jeremías Cisneros, probablemente alrededor de las mismas fechas, hace directamente homenaje al cacique mediante una grandiosa descripción del escenario de la lucha entre las huestes españolas y el ejército aborigen.

Bajo el mismo título, "Lempira", otras poesías serán escritas posteriormente (Jesús Castro Blanco en *Mirra de primavera* (1931); Felipe Elvir Rojas en *Bronces de América* (1955) y en *Poemas heroicos* (1956); y, Raúl Gilberto Tróchez). Ramón Ortega también exaltó la figura del héroe en "A las armas" (1940). Sin embargo, estos últimos trabajos deben ser vistos dentro del contexto institucional ya que, según Barahona (2002), la figura de Lempira⁵³ aparecerá a nivel oficial en la década de 1920 como símbolo indígena de resistencia.

Históricamente, la etnicidad ha funcionado como divisor horizontal o vertical, más comúnmente para separar estratos sociales de comunidades enteras (cf. Hobsbawm, 1997). En general, la construcción liberal de las naciones no toma por criterios decisivos la etnicidad. En general, no es la 'sangre' lo que empuja los movimientos nacionales sino las creencias. De hecho, la 'leyenda' institucionalizada de Lempira, así como la mayanización en Honduras (cf. Euraque, 2002), sigue el esquema típico latinoamericano: un indígena (o todo un pueblo) enfrenta la invasión extranjera pero la derrota es indefectible. El discurso implícito es el de un origen caduco, del cual puede desenterrarse la gloria de un pasado cuyo lugar ha sido ocupado por el progreso, el mestizaje y la buena 'convivencia' que prometen.

Un gesto relevante en la conformación simbólica de la nación y justamente anterior a la segunda ola de liberales, es el decreto de la bandera, realizado en Honduras en 1860 por el conservador Medina. Sin embargo, contrariamente a lo que se observará frente a los héroes, pareciera que el tema ha de tomar su tiempo para calar entre los poetas –al

⁵³ Claro que si se compara con la instauración de Tecún Umán como símbolo de la defensa de la nacionalidad guatemalteca en 1960 (Taracena, 2004), quizá no parezca tardía la incorporación de un héroe indígena al panteón hondureño de los héroes.

menos entre los 40 consultados para este estudio. Sólo medio siglo después, Adán Canales escribe "Mi bandera" (1910); Augusto C. Coello –autor de la letra del Himno Nacional⁵⁴– publica posteriormente el poemario *Canto a la bandera* (1934); Felipe Elvir Rojas en *Poemas heroicos* (1956) incluye "Bandera Nacional"; y Carlos Manuel Arita en *Cantos a la patria y otros poemas* (1956) refiere en varios poemas a los símbolos nacionales y cívicos, entre ellos "La bandera de la Patria", "Bandera de mi patria", "Canto a la Bandera" y "El escudo nacional".

También los mitos locales juegan un papel fundamental en la reconstrucción de la historia nacional. Claro que esta representación puede elaborarse y desplegarse, como lo hace Ortega y Gasset, para quien la mitología es pensamiento, ritmo mental, tendencias intelectuales, lugar común, creencias, prejuicio, valoración, emoción, oralidad, en fin pueblo en su totalidad; casi como una fatalidad impresa en un destino determinado por las ideas de la gente común (en Leyva, 2003). O sencillamente, podemos visualizarla desde su forma institucionalizada en el marco del folklore o patrimonio cultural⁵⁵.

Un ejemplo es la marimba, instrumento 'nacional' de tantas las naciones latinoamericanas. Francisco Figueroa (1910) escribe "La marimba" texto que logró gran difusión en el ámbito centroamericano. Con creativo influjo del "Nocturno" de José Asunción Silva (Umaña: On line), se trata de un texto⁵⁶ bien planteado cuyos momentos clave son: instalación de la música en un presente que, en forma muy vívida, la ubica en la mente del lector; asimilación de la música con el espíritu de jefes indígenas

⁵⁴ A través de un concurso promovido por el gobierno, se musicaliza un poema patriótico escrito en 1904 con el fin de crear el Himno Nacional, el cual es declarado oficial en 1915 (cf. González).

⁵⁵ El historiador Jesús Aguilar Paz recopila en 'Tradiciones y Leyendas de Honduras' 'la tradición y el folklore'. "Es un rico inventario del rostro del país, reflejado en los nombres de Honduras, las fundaciones de sus pueblos, su geografía y antropología, así como las canciones populares, cuentos, adivinanzas, coplas, etc. (Leiva, 1998). La 'Botica del Pueblo' o 'La Flora Medicinal de Honduras' también "rescató gran parte de la terapéutica aborigen" (Cáceres Lara, 1998: 162).

⁵⁶ *Lentamente, / lentamente cual si fuera / una gota que cayera / desde el mármol de la taza de una fuente, / tal preludia la Marimba una extraña sinfonía / saturada de amargura y de cruel melancolía / con sus teclas de madera.... (...) / Es el alma de Votán, / de Atlacatl y de Lempira, / que en la música suspira, / es el alma de los indios que mandó Tecúm Umán (...) / es la raza de aquel pueblo que dejó con sangre tinta / la antes clara linfa del gran río Xequijel.(...) / Esa raza es la que llora, / que solloza de coraje, / de despecho y de impotencia en la música salvaje, / en la nota plañidera (...) / ¿Qué le importa a la vencida / raza muerta vuestros dones. Vuestra lengua / que no entiende? ¿Qué le importa que en el nombre / del Dios Bueno, del Dios-Hombre arrasárais sus altares, si para ella es mudo el cielo, / si es su vida sólo oprobio, cautiverio, sólo mengua? / (...) Oh! Dejadla que solloce, que se queje a su manera, / solamente le ha quedado su marimba de madera / que le habla de sus tiempos victoriosos, / de sus templos y palacios de Ixinché y de Copán.... / de su rey Kikab el Grande, de su gran Valum-Votán, / de sus héroes de hierro, de sus épicos colosos, / libres, grandes bajo el sol, / que infundieron la pavora, / por su arrojo y su bravura, en el ánimo aguerrido del intrépido español! (Figueroa en Umaña: on line).*

paradigmas de rebeldía; alusión a momentos decisivos del genocidio indígena; encarnación del alma de la ‘raza’ en el instrumento musical; rechazo de la cultura impuesta y afirmación de que, a través de la música, el pueblo oprimido realiza una catarsis (Umaña: on line). Augusto C. Coello incluirá así mismo, en *Un soneto me manda a hacer Violante* (1941), "La marimba", *cuya música traduce/ las agonías de una raza muerta*.

Esta lista identitaria, para Valle (1981: 224) “está inexplorada, inédita” y él mismo junto a sus alumnos recoge algunos elementos en *Tierras de pan llevar* y *La musa popular hondureña*. Durante la elaboración del mapa de Honduras en los años treinta, Jesús Aguilar Paz recopila en *Tradiciones y Leyendas de Honduras* el ‘folklore’ nacional, englobando regiones “aisladas entre sí, debido a las dificultades de la comunicación terrestre” (Valle, 1981: 224). En la *Historia de la cultura hondureña* de Valle, el ‘folklore’ es lo único que alude a las poblaciones indígenas, con la particularidad de ser referido en términos de ‘patrimonio nacional’ inexplorado: “los materiales del folklore se hallan en toda su pureza en algunas comarcas” (Valle, 1981: 224). Esto nos parece denotativo –además de su profundo racismo y cosificación– del grado en que se encuentra el proceso de formación identitario, la determinación del ‘patrimonio’ y la promoción de su culto.

El año 1954 –el cual hemos estudiado particularmente para esta tesis–, pareciera especialmente fértil en este sentido. Se publican ‘estampas’ (Guadalupe Ferrari Hartling, *Recuerdos de mi vieja Tegucigalpa*. Comayagüela: Imprenta Libertad), anécdotas (Luis Amilcar Raudales, *Baturrillo Histórico*. Imprenta de la Policía Nacional), cuentos (Salvador López Arias, *Cuentos Hondureños*. San Pedro Sula: Editorial Antúnez), ‘folklore’ (Marco Antonio Rosa, *Tío Margarito*. Tegucigalpa: Imprenta Calderón), arqueología, antropología y lingüística (Roberto Gómez Robelo, *Arqueología de Honduras y Pueblos Civilizados de América*; Ramón E. Cruz, *Panorama de las Culturas Históricas*; Archier Carr, *High Jungles and Low*. University of Florida Press; C.R. Heath y W.G. Marx, *Diccionario Miskito-Español y Español-Miskito*. Tegucigalpa: Imprenta Calderón) (en Durón, 1954).

Es probable también que un estudio más acucioso sobre la poesía deleve una lista menos sumaria que la aquí descrita. En todo caso, esta es un poco la forma más banal de

representar la nación, de dar la prueba de su existencia. La lista de los elementos simbólicos y materiales se constituye como:

“una historia que establece la continuidad de los ancestros importantes, una serie de héroes que ilustran virtudes nacionales, lengua, monumentos culturales, folclor, lugares importantes y paisajes típicos, mentalidad particular, representaciones oficiales -himno y bandera- e identificaciones pintorescas -traje, especialidades culinarias o animal emblemático” (Thiesse, 2001: 14).

Todos estos abordajes se encuentran presentes y pueden ser estudiados a partir de la poesía. La construcción cultural de la nacionalidad es una forma de afiliación social y textual, mediante estrategias de identificación cultural e interpelación discursiva. Para Bhabha (2002: 182) los pueblos “no son simples hechos históricos o parte de un cuerpo político patriótico. Son también una compleja estrategia retórica de referencia social”. Inclusive puede percibirse la mentalidad particular de cada época y esto lo veremos más adelante. Por los momentos podemos detenernos en los poemas que refieren a lugares y paisajes.

Según nuestro estudio pareciera que Guadalupe Gallardo (1853- 1894), autora de "Danlí", fuese una de las precursoras en lo que refiere a los poemas toponímicos. No conocemos la fecha exacta del texto, pero la poeta se adelantó por mucho⁵⁷ a la elaboración oficial de los referentes geográficos. Por esta razón, consideramos la poesía de primera importancia para imaginar –en su concepción popular– el paisaje. Habrá que esperar el año de 1915 para que Jesús Aguilar Paz inicie su maratónico trabajo cartográfico y el año de 1933 para que finalmente entregue el Mapa de Honduras, habiendo recopilado 8,500 toponimias y 30,000 nombres geográficos de los cuales reconocía 2,086 como términos indígenas (Leiva, 1998).

Sin embargo, paralelamente al mapa, la poesía, al ‘poblar’ simbólicamente el espacio, cumple un rol determinante para imaginar la geografía y volver significantes los lugares (cf. Wolloway, 1996). Esto es particularmente cierto en el caso de la capital, que por mucho tiempo osciló entre Comayagua y Tegucigalpa, finalmente estableciéndose en ésta, ciudad de difícil acceso y cuestionada importancia. Los textos literarios se convierten, especialmente para la ciudad, en planos que permiten pensar o soñar el

⁵⁷ Posteriormente encontramos los trabajos de Jorge Federico Zepeda y Adán Canales. Zepeda autor de "El Valle de los Ángeles" (1908) es considerado por Oscar Castañeda Batres el mejor cantante del paisaje nativo (Umaña: on line). Canales escribirá posteriormente "El Picacho" (1910).

espacio dentro de un cierto orden ideal (cf. Rama, 1984). En el transcurso del siglo XX se consagra a Tegucigalpa alrededor de 50 poemas (cf. Acosta, 2004), los cuales van desde *el aura de tus montes* de Adán Canales (1910) pasando por el célebre y *duro nombre que fluye / dulce sólo en los labios* de Roberto Sosa (1959) hasta llegar a la actual *fruta de navajas/ que se deshace/ nerviosa entre los brazos* de Rubén Izaguirre (1996). Importante resulta en este contexto Guillermo Bustillo, quien hace referencia a su gemela –su ‘otra mitad’ olvidada⁵⁸– en "Madre Comayagüela" y "Romances de mi pueblo": *Al otro lado del río,/ entre vergeles y huertos,/ la airosa Comayagüela* (Bustillo, 1950: 14, 18).

Para (Rama, 1984: 38) sólo la ciudad letrada “es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material, hacerla pervivir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común”. Ramón Ortega en su afán por imaginar etapas de real o supuesto esplendor de su ciudad natal escribe "La Catedral de Comayagua"⁵⁹ (1940) Pero no será el único. En general, se cantará a los lugares de origen. Esto es interesante pues el primer significado de nación remite a descendencia. Patria en su uso popular significaba la tierra de nacimiento⁶⁰ (Hobsbawm, 1997). Froylán Turcios (1911) dedicará sus versos "A Juticalpa", "Catacamas", "El Real", "Manto", "Campamento"⁶¹; Manuel Luna Mejía recordará su tierra natal en Himno al Centenario de Santa Rosa de Copán (1943) y en "Estampas tropicales" (1941); Ángela

⁵⁸ “Al otro lado del Río Grande vivían, como si fueran habitantes de otro mundo, los indios de Comayagüela” comenta Heliodoro Valle en su prólogo a los discursos de Rosa (en Valladares, 1948: VII).

⁵⁹ *Y todo recuerda aquella época/ de largos ayunos, de vísperas regias,/ de augustos maitines y misas solemnes,/ pobladas de músicas tiernas;/ de frías vigiliat tediosas,/ en donde los frailes -luciendo sus trajes antiguos,/ de varios colores, de formas diversas- formaban un grave cortejo suntuosos,/ bañado en el brillo de grandes y vívidas gemas,/ recorriendo la vasta y senil galería,/ al compás admirable de un órgano,/ que llora, que canta, que arrulla, que sueña..../ Un órgano antiguo, pomposo y solemne,/ cuyas flautas parduscas y enhiestas,/ mirando de lo alto las teclas gastadas,/ parecen los tallos de una húmeda selva,/ de una húmeda selva sonora y fragante,/ que borda la orilla desierta/ en un lago de claras e inmóviles aguas.... (...) despliega sus alas el hondo e inmortal Miserere,/ cual la queja de un alma que tiembla,/ como el grito de un alma que llora sus culpas,/ sofocada por una congoja secreta.....* (Ortega, 1940: 38).

⁶⁰ De hecho, no es sino hasta 1884 que se adscribe ‘tierra’ a Estado y en 1925 ‘patria’ a nación (Hobsbawm, 1997).

⁶¹ “Tierra maternal”, como su nombre lo indica, honra a Juticalpa, Olancho, lugar en donde el poeta nació: *Tierra de luz y de íntima fragancia/ que en mi recuerdo de ilusión fulgura, / fértil región de insólita hermosura,/ carmen de amor donde corrió mi infancia; // Vasto jardín fecundo que mis horas / perfumó con sus rosas y claveles, / que coronó mi musa de laureles / y me ofrendó sus músicas sonoras; // A tí, (sic) pródigo edén por quién (sic) suspira / mi corazón en la gran paz nocturna, / van los vagos acordes de mi lira// entre el rumor universal dispersos: / ¡qué a tí (sic) revuela mi alma taciturna/ en el arcano ritmo de mis versos!* (Turcios, 1990: 17).

Ochoa Velásquez, así mismo ofrecerá tres cantos a la antigua capital hondureña: "En la catedral de Comayagua" y "Comayagua" (1934). No obstante, la inspiración onfálica no es la norma. La misma Ochoa traducirá en versos sus vivencias del paisaje a lo largo de un viaje a la Costa Norte (1948 para José González en Umaña: on line), e introducirá formas coloquiales del habla, adelantándose, en varios lustros, a poetas posteriores (Umaña: on line).

Guillermo Bustillo, además de titular un poemario con el nombre de una localidad, *Ópalos de Erandique*, incluye otros textos que refieren a espacios específicos como "Santa María de Comayagua" (1950). De la misma manera, Raúl Gilberto Tróchez (1951) destaca cualidades de algunas ciudades como "Santa Rosa de Copán" y "San Pedro Sula".

Pero quien ha de ser insuperable en la exaltación de los lugares es Carlos Manuel Arita. En "Canto de amor a Honduras" (1956), cada estrofa está consagrada a ensalzar una ciudad distinta: San Pedro Sula, Comayagua, Danlí, Olanchito, El Progreso, Ocotepeque, Juticalpa, Puerto Cortés, etc.; y en *Cantos del trópico* (1956) incluirá ochenta y seis elogios a ciudades hondureñas y centroamericanas.

Finalmente, el mapa toponímico y su retrato hablado, iniciará una faceta más social con Claudio Barrera en "Romance de San Juancito" (*La Cosecha*, 1957) cuyo prelude ya estaba probablemente planteado en Canales con "El Picacho"⁶². Claro que la imaginación del paisaje implica otras referencias topográficas, dentro de las que sobresale la alusión al río. Juan Ramón Molina escribió "Río Grande"⁶³, texto que

⁶² En este poema se rinde un homenaje a patriotas que allí murieron: *Soberbia cima en que Moisés hubiera/—en su dorso de pinos y de robles— las Tablas de la ley con Dios escrito,/ y en que la immaculada primavera,/ en sus estrofas nobles,/ envía al infinito/—como vasto poeta— de sus aguas el canto peregrino/ de su entraña la gema/ y la sangre fatal de su destino.// (...) Y exalto tu grandeza, porque un día/ en tus hombros cayeron combatiendo/ la enorme tiranía,/ jóvenes que desearon otra suerte/ á este bello país que está cayendo/ al lóbrego recinto de la muerte.// En el poema, Canales personifica al monte que, inclusive, alerta sobre el futuro (Umaña: on line): Y no es remoto que del norte lleguen/ —como conquistadoras— las águilas que extienden sus plumones/ en un lienzo de barras,/ (...) Y es que la libertad es una farsa/ y el derecho un andrajo/ que en el estercolero de la vida/ fácilmente se engarza/ en un escudo miserable y bajo. (Canales, 1910: 115-118. Lo subrayado, en cursiva en el original).*

⁶³ *Sacude, amado río, tu clara cabellera, / eternamente arrulla mi nativa ribera, / ve a confundir tu risa con el rumor del mar. / Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas, / pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas, / tostada por tus soles, mirándote rodar... / (...) Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido / no arrastrarán del todo, porque un desconocido / poeta, a mi memoria permaneciendo fiel, / recordará mis versos con noble simpatía, / mi fugitivo paso por la tierra sombría, / mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel. // Envuelto en un solemne crepúsculo inefable, / dirá tal vez pensando en*

aparece en *Tierras, mares y cielos* (1911), compendio elaborado por Froylán Turcios. El mismo año de la recopilación, Turcios publica *Tierra maternal* (1911) en donde aparecen "Río Tinto" y "Río Guayape", con figuras más luminosas: *En el verano su raudal sonoro/ es una móvil cinta reluciente/ fugitiva entre márgenes de oro.// Vuelan sobre él en el sereno ambiente/ ágiles garzas de morena pluma/ tras el vago ondular de su corriente* (Turcios, 1990: 41). Miguel A. Fortín probablemente alrededor de la misma época escriba "Al Guacerique", poema en el que canta al río del mismo nombre. Para no dejar incompleta la hidrografía, y como un presagio de lo que habría de convertirse en un mero lugar de paso, quedan para la posteridad "Adiós al lago de Yojoa" de Josefa Carrasco y "El Yojoa" de Jesús Castro Blanco.

Como una connotación más emblemática, el pino, árbol nacional, será recurrente. Jaime Fontana además de brindar "Sabor pinar"(1952), en toda una división de su libro simboliza su terruño a través del bosque (i.e. "El pino de mi pueblo", "Diálogo en dos verdes" y "Regreso al primer verde"). Jesús Castro Blanco es así como lo dice: *Suena, bajo los oros de la tarde,/ en la dulce quietud crepuscular,/ cual una sonatina de suspiros,/ la suave sinfonía del pinar.// Místico aroma de resinas rubias/ llevan las leves brisas al pasar,/ y se aduerme, temblando en el ramaje/ la suave sinfonía del pinar.// Como el eco sutil de una plegaria,/ como la voz lejana de un cantar,/ se diluye en el aura vespertina/ la suave sinfonía del pinar.// (...) Es como el ruego de la raza extinta/ que a sus dioses solares va a implorar,/ y que recoge en su dolor eterno/ la suave sinfonía del pinar./ (...)* ("La Sinfonía del Pinar," Castro, 1931: 17).

Froylán Turcios (1911) escribe también "Los Pinares", "Selva olanchana", "Viejo tronco", y "En la montaña". Curiosamente, en nuestro estudio encontramos solo este último poema referido a esa inclemente topografía, tan mencionada desde tiempos coloniales como representativa de Honduras. De otra manera, las pinturas de la naturaleza serán abundantes en José Antonio Domínguez ("El manglar", "Nenúfares", "El jilguero"), Adán Canales (1910) ("El aguacero", "El cafeto"; "El platanar" y "El cocotero"), Jesús Castro Blanco (1931) ("Primavera", "Mañanita de Mayo", "Una tarde de Mayo", "Crepúsculos de Invierno"). Prevalece una visión idealizada en el tratamiento

nuestro ser variable: / -'Cual nuestro patrio río su espíritu fue así: / soberbio y apacible, terrífico o sereno, / resplandeciente de astros o turbido de cieno, / con rápidos, y honduras, y vórtices.' Tal fué. (Molina, 1982: 60, 64).

del paisaje en Jorge Federico Zepeda (1908), Ramón Ortega (1940), Manuel Luna Mejía (1941), y Carlos Manuel Arita (1956). Froylán Turcios describe "Los alcaravanes": *Vuelan sobre el verdor de la sabana / con torpes alas que el cansancio oprime, / mientras el viento de la tarde gime / y el sol tramonta en la extensión lejana.// Persiguen sin cesar á la indefensa / culebra que se oculta en los gramales / ó inmóviles calientan los nidales / en un rincón de la llanura inmensa.// Del espeso follaje en la verdura / juntos dormitan en la noche oscura / de cruel invierno en las glaciales horas;// y al fulgor de las lunas del verano / perturban, anunciando las auroras, / sus roncos gritos la quietud del llano.* (Turcios, 1990: 27)